



Transversal José García Montalvo

Catedrático de
Economía (UPF)

A vueltas con la desigualdad



Los últimos datos publicados por el INE de la Encuesta de Condiciones de Vida sobre la evolución de la desigualdad en España no han tenido gran repercusión. Las buenas noticias no venden. En un diario de gran tirada se titulaba: “Los españoles recuperan nueve años después su nivel de ingresos previo a la crisis aunque siguen en apuros”. Y añadía: “La sociedad española continúa siendo más desigual que antes de la crisis”. El texto explica que el indicador S80/S20, que compara los ingresos del 20% más rico de la población con el 20% más pobre, se situó en el 2017 (último año analizado) en 6 mientras en el 2008 era 5,9. ¿Recuerdan lo que les comenté en el último artículo sobre la idealización de la precisión de las magnitudes económicas? “Lo mismo sucede con el índice de Gini, un indicador que da un valor numérico de 0 (igualdad absoluta) o 100 (desigualdad absoluta). Según el INE España marcó en el 2017 en 33,2 puntos... pero aún está 0,3 puntos por encima del 2008”. Asombroso comentario cuando el Gini llegó a alcanzar 34,7 en el peor momento del desempleo en España.

En esta línea vale la pena releer lo que dice el Programa de Estabilidad 2019-2022 del Gobierno español. En el diagnóstico de los desequilibrios que persisten en la economía española señala “...la elevada deuda pública y externa, altas tasas de paro y aumento de la desigualdad (salarios, renta, consumo y riqueza, distribución intergeneracional, territorial y de género)”. Poner al mismo nivel magnitudes claramente desequilibradas como el paro o la deuda con la situación de la desigualdad no tiene justificación factual. Y esto sin entrar en errores de bulto como mezclar la desigualdad de la renta, los salarios y la riqueza que presentan situa-

ciones completamente divergentes en el caso español. Además, después de hablar sobre el paro mencionar la desigualdad es una reiteración: el 90% del incremento de la desigualdad en el peor momento de la crisis era atribuible al aumento del desempleo. De hecho tenemos experiencia, por ejemplo de la crisis de 1991, de cómo la desigualdad aumenta con el aumento del desempleo y disminuye cuando el empleo se recupera en España. Es cierto que se podría argumentar que ha aumentado la sensibilidad social frente a la desigualdad y que para unos mismos niveles de mejora de la desigualdad la percepción social es muy diferente. Pero que aumente la prominencia que se da a la desigualdad en la sociedad no puede, ni debe, pervertir los hechos: el nivel de desigualdad en España es muy similar en estos momentos al nivel del 2008.

Existen muchas visiones simplistas sobre el deterioro democrático previsible que implica el incremento de la desigualdad, y su influencia sobre el populismo. Y esto a pesar de toneladas de evidencia en contra. ¿Alguien esperaría ver tantos partidos populistas, y tan importantes, en los países escandinavos con los menores niveles de desigualdad? La realidad es mucho más compleja y está relacionada con la creciente polarización política que se produce en las sociedades democráticas contemporáneas. Los partidos bucean en los elementos que pueden identificarlos y polarizar a la opinión pública y los votantes ya sea la inmigración, el Brexit, los impuestos, etcétera. En cada país y periodo funciona mejor un polarizador que otro. Es evidente que también se puede utilizar la desigualdad para intentar polarizar a la sociedad con objetivos políticos de corto plazo, pero mientras en muchos países se podría encontrar un fundamento factual para esta

estrategia en otros tendría un objetivo meramente instrumental.

La erosión democrática de los países desarrollados no ha comenzado hace dos días ni está asociada al aumento de la desigualdad. Por ejemplo, en Estados Unidos se tiende a asociar la victoria de Trump con el deterioro de las instituciones. Nada más lejos de la realidad. El deterioro institucional de Estados Unidos es un proceso muy largo que comenzó a finales de los años 60 propiciado por las acciones de los dos grandes partidos. Trump no es la causa sino un síntoma de este proceso. La destrucción institucional no la provoca la desigualdad sino la polarización política.

Focalizar los problemas de España en la desigualdad es trasladar por analogía los problemas de otras latitudes. Cuando algunas instituciones internacionales, como el FMI o la OCDE, hablan de la desigualdad se están refiriendo a países donde efectivamente se ha producido un aumento sustancial y tendencial, como Estados Unidos, Rusia, India o China, o agregados de países. E incluso cuando se habla de grupos de países el caso europeo es especial. El *World Inequality Report 2018* destaca que Europa tiene los menores niveles de desigualdad del mundo, con un nivel de desigualdad similar al de principios de los años noventa del siglo pasado.

Evidentemente la baja media de Europa se obtiene agregando países con mayor y menor desigualdad. El último argumento consiste en comparar el valor de la desigualdad en España con el de otros países de Europa. Ésta es la misma estrategia que se utiliza cuando se dice que la presión fiscal en España es más baja que la media de Europa. Estas comparaciones no son muy útiles cuando se plantean como objetivo de política económica. Si nos hubiéramos planteado alcanzar la presión fiscal de los países nórdicos en los años noventa ahora sería en España muy superior a la de Suecia. Son los ciudadanos en las elecciones los que deciden qué nivel de presión fiscal están dispuestos a aceptar teniendo en cuenta la eficacia del sector público y la relación del gasto público con el bienestar. Otra visión de este tipo de comparaciones sería peligrosa. Los españoles ocupan el segundo lugar en el ranking de esperanza de vida mundial y superarán a los japoneses en el 2040.

¿Deberíamos plantearnos alcanzar la media europea en este indicador? |



**Las causas
La erosión
democrática de
los países
desarrollados es
fruto de la
polarización
política, no está
asociada a la
desigualdad**